

3.º *El desenvolvimiento creciente de la grande industria y del comercio.*—Con el concurso de los grandes capitales se han constituido poderosas Empresas que matan la concurrencia que pudiera hacerles el pequeño capital; y por obra de ellas muere el pequeño comercio. La producción y la venta son también acaparadas y monopolizadas por potentes Sociedades financieras. La *producción* se concentra más y más en las grandes fábricas, y con el capital enorme que poseen, con las potentes máquinas que emplean, con los perfeccionados procedimientos que explotan, con la economía en las instalaciones, la disminución general de gastos generales y de producción (1), con el valor profesional del personal que dirige los trabajos, los grandes talleres llegan á producir de modo y forma que, no pudiendo competir con ellos la pequeña industria ni la industria familiar, se ven estos condenados á desapa-

Así nos lo decía un industrial: A pesar de las precauciones que se toman, el trabajo nocturno es causa permanente de desmoralización. ¿Qué es, en efecto, del marido y de los hijos cuando la madre está en el taller? Son libres de ir á donde quieren... Y mientras la ley lo permite, niños y niñas se ocupan en las máquinas: la máquina no desdeña fuerza alguna, por modesta que sea. Y los jovencuelos compiten con su padre, con sus hermanos.» Urb. Guérin.

El número de obreros inempleados por causa de las máquinas aumenta sin cesar,—y especialmente en Inglaterra y América—alcanza número aterrador el ejército de los desamparados.

(1) Para una fábrica de tejidos de 50.000 hiladoras no se necesita diez veces más terreno y edificios que para una fábrica de 5.000 husos. Una máquina de vapor de 200 caballos no cuesta diez veces más que una de 20 caballos. La primera no gasta diez veces más carbón que la segunda. Un contraamaestre puede vigilar de igual modo una sala donde se hallen 40 obreros que otra donde trabajen 20. Alumbrar un taller de 40 hombres no cuesta el doble que la luz para un taller de 20 operarios; y así, con la producción en gran escala, se reducen todos los gastos.

recer. En breve quedarán sólo los pequeños talleres de reparación y sostenimiento de artículos, las industrias de confección, las de objetos de arte y de fantasía y las que por su naturaleza no caigan en la esfera de la división del trabajo ni en la del maquinismo. Hasta la *venta* es acaparada por Compañías poderosas. En las ciudades de orden secundario vemos abrir grandes almacenes, especie de bazares, donde es posible proveerse de todo. Estas tiendas son, respecto del pequeño comercio, causa de ruina, igual que las grandes fábricas con relación á la pequeña industria. Y lo triste del caso es que los pequeños industriales y comerciantes rendían útiles servicios, sosteniendo á numerosas familias. Su desaparición tiene, pues, por causa la enfermedad que nuestra sociedad sufre. Porque, como dice León XIII, cuyas son las siguientes palabras: «los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas está casi todo en manos de pocos, de tal suerte, que unos cuantos opulentos hombres y riquísimos han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos (1).»

4.º *El advenimiento del capital anónimo é irresponsable.*—Aún en el siglo XVIII tenían las Empresas industriales carácter esencialmente personal. Al frente de cada una de ellas figuraba un patrono responsable. El taller, la fábrica, la mina eran patrimonio de propietarios que las vigilaban, las dirigían, viviendo en relación continua con *sus obreros*. Estos podían hablar á todas horas con sus amos, darle cuenta de sus sufrimientos, invocar la justicia ó la caridad del patrono. Y ese trato diario, esa especie de vida en común, les permitían apreciarse, quererse, formar en la unión y la confianza una especie de «familia industrial.» Por esto, era lógico que á los patronos les interesara la suerte de sus obreros, que les eran conocidos y hasta crecieron en el recinto de la fábrica, que

(1) Encíclica *Rerum novarum*.

también fué albergue de padre y abuelos del asalariado. Entre todo el personal del taller, y especialmente si practicaban el cristianismo, reinaba verdadera solidaridad. En nuestro tiempo, por el contrario, la mayor parte de las Empresas industriales se forman por acciones y constituyen Sociedades anónimas en las que la preocupación dominante de los fundadores y los accionistas es lograr enormes beneficios pecuniarios. Y para conseguirlo no necesitan vivir en relación con los obreros; no los conocen ni los tratan; los obreros son para las Sociedades anónimas un simple instrumento de la producción, que no vive cerca de los patronos, desconocido, que á lo más se trata ó relaciona con los administradores de la Empresa, con los ingenieros, con los contraamaestres encargados de mantener en la fábrica orden y disciplina rigurosa; con los contraamaestres que aspiran á que se trabaje lo más posible, asegurando á los accionistas *honestos* dividendos.

Ya no se hallan frente á frente dos hombres capaces de entenderse, dándose explicaciones mutuas. Ahora son el capital y el trabajo; dos abstracciones, separadas por profundos abismos de desconfianza y rivalidad lamentables, que se ven cara á cara, como enemigos. Y en estas condiciones no puede existir familia industrial. «Aún se puede hallar—decía en 1885 el Cardenal Simor, arzobispo de Grau y primado de Hungría— se puede hallar patronos industriales que compartan con sus obreros la vida triste; pero ¿ocurre lo propio en las Sociedades anónimas?»

5.º *El amor al lujo, el gusto del derroche y la sed de hacer fortuna en poco tiempo.*—Nada de eso es nuevo; en todo tiempo se ha buscado el lujo, se practicó el derroche de bienes, se persiguió la riqueza; pero jamás fué tan insaciable y general como en nuestros días la necesidad del goce y del lujo desmedido. Las más considerables fortunas no bastan para hacer frente á las que habitualmente se consideran necesidades im-

puestas por los usos y las relaciones ó la posición social. Bajo pena de que tales fortunas se desvanezcan necesitan sus dueños preocuparse de aumentarlas sin límites. Y de aquí nacen las especulaciones arriesgadas y febriles, mal grande de nuestros tiempos. Para subvenir á todas las «cargas», se ha recurrido al juego de bolsa, á las empresas de azar, á las maniobras del agiotaje, al acaparamiento, á la invención de negocios, al llamamiento del pequeño ahorro, que se deja engañar, á las coaliciones de capitales; todo ello, sin la preocupación de las ruinas producidas, ni la de las faltas de delicadeza que se aperciben.

Otras generaciones dedicaban toda la vida á formar modestas fortunas que permitiesen un vivir honrado. La adquisición de una fortuna era obra de muchas generaciones. Hoy, que todo marcha á vapor, parece que, incapaces de esperar, nos apresuramos á perseguir la riqueza. Se ha visto que algunos felices especuladores ganaron en pocos años mucho, y se quiere seguir sus huellas, intentando empresas vastísimas, operaciones arriesgadas, y... llegando, las más veces, á esos *craks* de gran resonancia, desoladores, germen de miseria y desesperación de numerosas familias.

El pequeño ahorro, que hasta hoy fué cuidadoso, prudente, económico, se ha dejado influir también por el amor á la especulación y la sed de grandes y pronto beneficios. De aquí se deduce la preferencia que manifiesta por las acciones amortizables con prima y la primacía que otorga frecuentemente á la colocación del dinero en empresas que prometen enormes dividendos, siquiera encubran dolorosas sorpresas. También estos modestos capitalistas se obligan á soportar gastos considerables; y no queriendo vivir con un capital estancado acarician la idea de hacerlo producir lo más posible, sin lograr otra cosa que *hacer el juego* á los hombres de negocios poco delicados ó poco hábiles, que los explotan sumiéndolos en la pobreza y en la miseria, en vez de darles el esperado bienestar.

Tampoco el obrero ha podido sustraerse, en nuestra sociedad ávida de goces, al amor al lujo y al deseo de gastar sin límites: y se crea necesidades que no puede satisfacer bien con su salario, por elevado que sea; y devora al día el fruto de su trabajo y se halla sin reservas económicas cuando sobreviene la falta de empleo, la enfermedad, los accidentes, la vejez.

6.º *La creciente omnipotencia de la alta banca.*—La alta banca toma en los negocios papel preponderante y es todopoderosa en ellos.—El mercado financiero está en manos de pequeño número de capitalistas riquísimos, que, á voluntad pueden producir alzas y bajas en casi todos los valores, provocar artificialmente variaciones considerables en la cotización, acaparar ó aplastar los mercados (1), formar coaliciones formidables, sumir en la ruina, de un golpe, á millares de familias (2), comprometer hasta la fortuna y el crédito del pueblo. Son, en cierto modo, árbitros de todas

(1) En 1887 se formó un poderoso Sindicato acaparador del cobre. Compró, por algunos años, el producto de todas las minas del mundo. Al constituirse valía el cobre á 40 libras esterlinas la tonelada; y en pocos meses hizo subir el precio á 100 libras.—Otras Sociedades de riquísimos capitalistas han intentado después acaparar el petróleo, el sulfato de cobre y hasta el trigo. Y si no han tenido éxito todas esas tentativas, es lo cierto que son amenaza constante. Recientemente se han realizado otras tentativas de acaparamiento delatadas (22 de Marzo de 1901) y comentadas en la Cámara francesa.

El *trust* español del azúcar es otro triste ejemplo.

N. del T.:

(2) Por ejemplo: la ruina de tantas familias, producida después de los trabajos que realizó la banca judaica contra la *Unión general*. Lo más grave y peligroso de tales procedimientos bancarios es que, á pesar de condenarlos la moral más tolerante, es imposible, casi siempre, descubrirlos, probar el delito y hacerlos castigar. Son delitos que pasan sin tocar «á través de las mallas del Código.»

las grandes empresas. Casi es imposible prescindir de su concurso: se fracasará infaliblemente teniéndoles por adversarios, y hasta los Gobiernos, necesitan contar con la alta banca.

Semejante estado de cosas crea causas perpetuas de inseguridad; condena al ahorro indefenso á depender de la banca cosmopolita; conduce á la absorción progresiva de la pequeña propiedad en el capitalismo potente; contribuye al crecimiento de la pobreza; divide los hombres en dos clases rivales, agrandando el principio que separa á los que poseen, de los que no poseen cosa alguna, Hay capitales, amasados en menos de un siglo, que ya suman centenas de millones, y van de día en día creciendo tanto que fervorosamente inspiran temores para el porvenir, y abren los ojos á los más optimistas.

Añádase á ello la «voraz usura», según la palabra de León XIII.—En nuestros tiempos, se practica la usura de las más diversas maneras; desde el disfraz de la caridad hasta el robo sin disimulo. La usura devora el patrimonio de los pobres que se ven obligados á invocar el préstamo: es la ruina de los pequeños terratenientes, de los pequeños propietarios agrícolas, del comercio, de la pequeña industria.

7.º *El predominio de las ideas «manchesterianas» y de las teorías paganas de la Escuela liberal.*—Los economistas clásicos, vulgarizando el «libre cambio» imprimieron marcha próspera al comercio, pero abrieron á la vez la vía de la concurrencia internacional, obligando á las industrias nacionales á luchar, en desventajosas condiciones, con la producción de fuera de casa. A esos economistas corresponde, en mucha parte, la responsabilidad de la crisis agrícola y de multitud de crisis industriales. Los trigos de la India y de América enviados á Francia (1) cuestan precios que

(1) Los trigos de Chicago cuestan en el Havre 18 francos los 100 kilos, ó sea 16,80 el hectolitro. En Kansas vale el trigo 7,25 francos; y este trigo cuesta en el

no puede hacer el agricultor de Francia ó España, que soporta cargas fiscales cuantiosas y paga á los obreros salarios elevados. La industria de la seda, tan próspera en Francia en otros tiempos, decae actualmente por culpa de la concurrencia que le hacen los productores de Italia, de Suiza, y hasta las de China y Japón. Y como los fabricantes del Mediodía de la vecina República y los tejedores de Lyon no pueden luchar con los extranjeros rivales, sucumben en la contienda industrial de productores (1).

Los defensores del «cada uno por sí», preconizando la libertad sin límites en las relaciones entre patronos y obreros, rehusando la intervención protectora del Estado, impidiendo las coaliciones y los Sindicatos obreros, colocan á éstos en estado real de inferioridad, y en cierto modo, á la merced de los patronos. Por lo cual, no teniendo enfrente el patrono más que individuos aislados—sin recursos, sin defensa, cohibidos por la necesidad de trabajar y atender al levantamiento de las necesidades familiares—, pueden imponerles condiciones, aplicando con todo su rigor salvaje al tra-

Havre 13,02. En la India, se produce á tan bajo precio,—dado que los salarios no suben más de 0,60 al día, y que el terreno es fértil y el clima favorable al cultivo del trigo—, que no es sorprendente que sus trigos cuesten 13 francos 100 kilos los años de cosecha ordinaria. El cultivador francés ó español no puede sostener la concurrencia con tales importadores. El suelo francés es menos fértil, los salarios más elevados, las cargas fiscales por transmisiones, impuestos y demás derechos son elevadísimas.

(1) Los extranjeros han imitado nuestra industria, pagando caros los mejores obreros franceses, familiarizándose con los más perfectos procedimientos de fabricación francesa; y en vez de aprovisionarse en Francia, inundan de productos similares el mercado francés. Pagan además baratísima la mano de obra—(un tejedor chino, muy hábil, no gana ni un franco diario)— y les es fácil enviar á Francia sus tejidos, en condiciones desastrosas para la industria de nuestros vecinos.

bajo humano la famosa ley de la oferta y de la demanda. El triunfo de las ideas individualistas ha sido una de las mayores causas de las injusticias que el proletariado sufre, y de los abusos que cometen ciertos patronos (1).

Sosteniendo el derecho absoluto de propiedad, pensando que el que posee puede usar y abusar de sus bienes, que es libre de gastarlos y malgastarlos á su grado—siempre que no vaya hasta incurrir en actos prohibidos por las «leyes y reglamentos»—proclamando que la riqueza tiene, antetodo, carácter de goce personal, discutiéndola mayoría de las cargas que la gravan y los deberes que de ella se derivan, los economistas liberales han provocado violenta reacción, suministrando armas á los socialistas, en cuanto estos legitiman así parcialmente los ataques violentos contra la propiedad. Y según observa elocuentemente Ketteler, del falso derecho de propiedad ha nacido la falsa teoría colectivista (2).

(1) El patrono es rico; tiene los obreros que desea; la oferta de brazos excede en mucho á la demanda; el patrono puede, en caso de apuro, para imponerse, suspender el trabajo momentáneamente, porque se lo permiten sus recursos; también puede convenirse con los jefes de otras fábricas similares estableciendo tarifas invariables. El obrero, en cambio, no tiene ahorros; le es forzoso trabajar; la falta de trabajo le condena á la miseria inmediata: hasta el 1884 en Francia no se le permitió sindicarse. Así, era desigual en absoluto la situación de los dos contratantes. La *libertad* de los clásicos no ha sido ni será jamás sino una carga para el obrero; es la libertad «de morir de hambre», según palabras de Manning.

(2) Pero lo que importa volver á decir hoy, más fuerte que nunca, es que el socialismo nació de los abusos engendrados por el régimen de la economía materialista y las doctrinas planteadas, hace un siglo, por sus fundadores.

«Sí; cualquiera que sea vuestro asombro, es preciso que me oigáis: El socialismo es hijo de la economía liberal, fruto del régimen que ha prevalecido durante todo este siglo, tanto con la República como con los demás Go-

A todas estas ya numerosas y graves causas de enfermedad social hay que añadir aún la *inseguridad en que vive el obrero*.—Jamás el obrero está seguro del mañana: vive en incertidumbre continua, llena de angustias que le aplanan y agrían. A cada instante puede ser víctima del despido, de la falta de trabajo, de los accidentes, de la enfermedad con todo el reato de privaciones y sufrimientos que lleva consigo. En época normal, hasta cuando tiene buen oficio, apenas gana lo indispensable para hacer frente á las cargas de la familia. Si tiene mujer é hijos le es difícil sacar del jornal diario una pequeña reserva que le asegure la vida en las malas épocas de la vejez, de la inutilidad; y entonces aun preguntará condolorosa inquietud por la suerte que correrán los suyos y él mismo cuando quede inválido. Y ve en perspectiva la desolación, la miseria, negra, contíntual

Aunque en nuestros días se multiplican los seguros y los demás medios de previsión, no se ha llegado aún á garantizar eficazmente la vida de la familia obrera contra toda sorpresa de falta de empleo ó de enfermedad; ni se ha llegado á asegurar al trabajador una vejez tranquila, al abrigo de las necesidades.

«Esta incertidumbre del mañana, dice Ketteler, es para el hombre obligado á vivir al día la más descorazonadora de las obsesiones y la más opresora de las cábalas. Con esa incertidumbre huye el obrero de fijar su vista en el porvenir para ahorrarse lágrimas ó sustraerse á la tentación de caer en el mal» (1).

bienos. No es un régimen político, es un régimen social que se apoya por completo sobre las máximas de la Enciclopedia, sobre las doctrinas de Rousseau y de Diderot...» De Mun. *Discurso del 30 de Abril de 1894, en la Cámara de Diputados.*

(1) Ketteler. *Discurso pronunciado el 25 de Julio de 1869.*

IV

Gravedad de la cuestión social

Decíamos al comienzo de este estudio que la «cuestión social» es la cuestión batallona de la hora presente, la que preocupa á todo el mundo, á legisladores y economistas, á hombres de Estado y eclesiásticos, á capitalistas y proletarios. Entre todas las cuestiones parece la más grave si se considera, bien el número de los individuos á que afecta, bien los intereses que pone en juego, bien las cuestiones con que se relaciona, bien las dificultades que ofrece, bien las consecuencias que hace temer, bien, en fin, la urgencia con que debemos solucionarla.

1.º *La cuestión social es grave por razón del número y condición de los individuos á quienes afecta.*—La cuestión social interesa especialmente á los pobres, á los obreros de la industria, á los trabajadores del campo, á «los hombres de la ínfima clase,... que sin merecerlo se hallan la mayor parte de ellos en una condición desgraciada y calamitosa» (1); también interesa á los labradores, á los pequeños comerciantes, á los modestos empleados, y, en una palabra, á todos los que trabajan, sufren y viven desheredados. Interesa, en fin, á los patronos, á los ricos, cuya situación entra en el juego; y no se puede decir que haya ni una persona á la que, directa ó indirectamente, de cerca ó de lejos, deje de afectarle ó concernirle la cuestión social. Pero, aunque sólo afectara á la clase trabajadora ya sería razón bastante para concederle importancia capital: porque, ¿es acaso posible concebir una clase social más numerosa y más digna de interesarnos?

2.º *La cuestión social es grave por razón de la intereses que pone en juego.*—La cuestión social toca á los más queridos intereses del obre-

(1) León XIII. Encíclica *Rerum novarum*.